

Para el Sr. Yng. B. Ascaré
Agustín B. Ascaré
con sinceridad y simpatía
y colaboración
25/11/1919

Sinceridad.

La falta de sinceridad es, sin duda, el más extendido de los vicios. Y mientras más elevada es la clase social a que pertenece la persona, menos sinceridad encontramos en ella.

Entre las clases humildes se hallan bellísimas almas, llenas de sinceridad, de lealtad. Tendrán muchos otros defectos; pero no saben ser falsas. Para poseer tan distinguido defecto, es preciso un refinamiento de que ellas carecen.

Mas, a medida que nos elevamos, vamos encontrando a cada paso menos y menos sinceridad, hasta llegar a las esferas donde la "mentira de sociedad" es un verdadero arte.

Sobre todo, en el sexo femenino
¿qué rara vez encontramos un al-
ma sencilla, rebosando sinceridad?
Y cuando existe y se presenta ante
todos, desmuda de todo artificio, di-
ciendo ingenuamente lo que piensa
y lo que siente, se le mira con extra-
ñeza, se cruzan miradas interroga-
doras, sonrisas irónicas y el mejor
intencionado y que mayor confianza
tiene a aquella extravagante, con-
cluye por decirle dulcemente:

- Hija mía, esas franquezas no es-
tán buenas! No siempre ha de de-
cirse lo que se piensa... Guarda
tu sinceridad para los tuyos, para
los que te aman y te comprenden.
En sociedad, hay que vivir mintien-
do, diciendo cosas agradables que no
sentimos, siendo siempre de la opinión
de aquél que nos habla; es imposi-
ble tener ideas propias y fijas: al
contrario: hay que volverse dúctil,
maleable y ser como los líquidos,
que toman la forma de la vasija
que los contiene...

Vaya si tiene razón el prudente

la falsedad, que comienza por los besos que se prodigan las mujeres y por las pequeñas mentiras que se enseña a decir a los niños. Que se supriman las chocantes y vulgares frases de cartel: "tengo mucho gusto en conocer a U.", "estoy completamente a sus órdenes," "disponga de lo poco que valgo," "siento mucho lo que le pasa a U.," etc., etc., que, las más de las veces, se dicen mecánicamente, sin que el corazón tome en ellas la parte más insignificante. Luche, luche sin cesar con la falsedad! Acaso un día remoto, cuando el hombre sea un poco mejor, comprenderá lo indigno, lo denigrante que es ocultar nuestra verdadera manera de pensar y de sentir, para evitarnos dificultades y disgustos. Seamos sinceros a todo trance y retirémosnos de los que sean incapaces de comprender y corresponder nuestra sinceridad, y que acaso nos corromperán o nos amargarán el corazón para el resto de la vida.

Seamos sinceros ante en contra de nosotros mismos. Casi siempre,

No son nuestros amigos los que nos halagan y nos elogian, sino los que se atreven a censurarlos frente a frente, cuando es preciso: son los que nos dicen las verdades más amargas, no para molestarlos, sino para que nos corrija.

Y precisamente esto, no puede hallarse "en sociedad." Porque allí, nadie gusta de que se le digan cosas desagradables, y para no oírlos hay que empezar por no decirlos.

El que siente el incontenible afán de decir siempre la verdad, que no pretenda frecuentar la sociedad; el que quiera tener "amigos," no "relaciones," que no los busque allí; el que no quiera llegar a ser desconfiado (lo cual constituye un tormento y una ignominia) que huya de "la sociedad"; el que desee conservar sus ilusiones juveniles acerca de la humanidad... que no asome por allí.

Pero, ¿va a vivir aislado todo hombre sincero? No. Siempre hallará algunos tan sinceros como él: únase a ellos! Combata con toda su fuerza

Tambien será por ser sincero no de
cible suavemente la verdad, si no la
pregunta.

Y hablo de trajes para poner un
ejemplo sencillo. Como en eso, debe
ser en todo. Franqueza, sinceridad;
pero nunca una dura grosería que
lastime a nuestro interlocutor: quan-
do tengamos que decir algo que de por
sí es duro, busquemos las palabras
más suaves, envolvámoslas en el
más tierno interés y digámoslas de
tal manera que el que nos escuche, le-
jos de sentirse ofendido, se felicite de te-
ner un verdadero amigo con quien
puede contar siempre.

Yo tengo muy pocos amigos,
poquíssimos; pero, gracias a Dios, son
de los que no mienten ni engañan.
Con frecuencia, censuran mis actos
enérgicamente y, sin embargo, nun-
ca me han lastimado: los escucho,
estimo su sinceridad en todo lo que
vale, sigo sus consejos, y mientras más
enérgica es su censura, mientras
más delicados son los puntos que to-
can, mayor es mi gratitud y mi cariño.

U. niño y siga mi consejo. No sólo se atreverán, sino que se reirán de su simplicidad!

Está tan profundamente arraigada esa falta de sinceridad, que es de mal tono ser sincero y franco. Entendido, por supuesto, que cuando hablo de "sinceridad y franqueza," no me refiero a la grosería soez y vulgar con la que muchos confunden esas bellas cualidades. Una cosa es ser franco y sincero, y otra ser grosero. Por ejemplo: hay personas que creen faltar a la sinceridad si no le dicen a cualquiera:

- Por Dios! qué horrible vestido trae U. ! Está espantosamente cursi.

En mi opinión, éso no es sino una grosería, una falta de sentimientos delicados. Pero si será de repugnante falsedad que pensando así, se le diga al interesado, sin que él intente conocer nuestro parecer, y sólo por burlarnos de él ante los demás, sin que se apereceba:

- ¡ Qué bonito vestido trae U. ! ¡ Quién se lo ha hecho ? Se le ve a U. muy bien.

el inapreciable, el magnífico don de la sinceridad, desrochándolo en el escenario (la vida social no es más que comedia y los salones un teatro) le diría:

- Amigo mío, U. no es para esto! Créame y huya..... Déjelos con todas sus farsas, con toda su miseria moral, con todo su vestuario de relumbrón... No permita que le profanen el alma y se la marchiten. Aléjese. Busque en otro ambiente el aire puro que U. necesita, porque aquí sólo encontrará espinas, bur-las, engaños. A caso algún día tropezaría U. con una excepción; pero sería ya cuando los otros lo hubieran insultado, cuando toda su frescura espiritual estuviera ajada. No intente la aventura porque lo aniquilarán.

- Pero... me replicaría: ¿no debo hacer un esfuerzo? Quizás mi sinceridad los desarme. No se atreverán conmigo, al verme con el alma desnuda, radiante de candor y de verdad, inerte...

- ¡Vaya si se atreverán!... No sea

to consejeros! - En efecto, en sociedad, tal como ella es hasta hoy, sólo así puede vivirse: mintiendo, engañando, representando, siempre "un papel" con más o menos habilidad.

Yo soy el corazón descubierto, con el alma de par en par a donde todos mienten y a donde todos dudan de la sinceridad de los demás, es sencillamente un disparate, una locura. Es aceptar un combate contra seres invulnerables, armados de punta en blanco, sin llevar más defensa que un escudo de papel de seda! . . . El que se presente en esas condiciones, irá de fracaso en fracaso, de desengaño en desengaño, hasta que las crueles lecciones de la vida, la larga serie de amargas experiencias que tendrá, le abran los ojos, le envenenen el alma, le enseñen a mentir y, lo que es mil veces peor, lo vuelvan escéptico y desconfiado en grado sumo.

El consejero práctico tiene razón. Sólo que yo no aconsejaría eso, por muy razonable que sea. No! Si yo viera un joven inexperto, poseyendo

el amor, el cariño a una persona; nuestro deseo de agradarle y ganar su afecto, nos hacen ser poco sinceros. No es el camino. Aparentamos tener tal o cual virtud. Farsa o temporano, nos causamos de la comedia o bien la mirada perspicaz del que amamos penetra a nuestro interior y ve la verdad; a la natural desilusión producida por la carencia de la cualidad aparentada, se agregará la nacida de nuestra falsedad. Si queremos el cariño de alguien y sabemos que lo ganaremos poseyendo determinada virtud, el problema es muy sencillo: trabajemos por adquirirla y la tendremos: la Voluntad es todopoderosa en ese sentido.

Engañamos presento que las naturalezas rectas prefieren y aman mejor a una persona llena de defectos, que no las engaña ni pretende engañarlas, que a la que con maestría aparenta ser lo que no es.

Pedro Sánchez

12/III/1918.